

Mabel Collins

UN GRITO LEJANO

A Cry from Afar – To Students of Lights in the Path

1905



BIBLIOTECA UPASIKA

www.upasika.com



Mabel Collins

Un Grito Lejano
A los Estudiantes de la “Luz del Camino”

CONTENIDO

A los Estudiantes de la “Luz del Camino”, *página 3.*

Capítulo II, *página 9.*

Capítulo III, *página 13.*

Capítulo IV, *página 17.*

A LOS ESTUDIANTES DE LA “LUZ DEL CAMINO”

LAS FRASES introductorias de la “Luz del Camino” son el Grito Lejano procedente del otro lado de las encarnaciones para quienes están luchando dentro de ellas. Mientras el hombre está encarnado es incapaz de comprender el estado que estas frases indican, ya que está realmente atravesando el valle, de lágrimas, está sujeto al dolor, es incapaz de vivir sin causar dolor y mediante la fuerza de su corazón vivo alcanza la experiencia plena y se une conscientemente al todo.

La clave del misterio, la maravillosa promesa del futuro lejano, la que hace soportable el peregrinaje, la ofrecen estas primeras frases. Se encuentran al principio del camino, el rayo de luz que procede del mismo extremo de él, donde se halla toda la luz; el rayo de luz que ilumina su curso completo y guía al peregrino y le anima a seguir el amargo camino.

No hay ojos humanos incapaces de derramar lágrimas, ni siquiera los del Maestro en vida, el adepto o el instructor. Desde el momento en que la ilusión y la ignorancia comienzan a desaparecer del alma, y la iluminación toma el lugar de la oscuridad, el discípulo habita en el sufrimiento presente, pues ve la ignorancia y el sufrimiento consiguiente por todos lados. Las lágrimas son como el rocío sobre la tierra seca; su ser se disipará en la sequedad del mundo material, si no nace de sí mismo esa ternura que son las lágrimas y que disuelve, desde el interior, las ataduras de hierro del aislamiento. Que ningún hombre busque el momento en que sus ojos sean incapaces de derramar lágrimas; si tal estado llegara a sobrevenirle mientras siga siendo lo que ahora llamamos hombre, se habría convertido en cómplice de la oscuridad que lucha por arruinar la raza. Infinita piedad, capacidad de lástima y compasión profundas caracterizan al hombre iluminado, son una parte intrínseca de la naturaleza de los Salvadores de la raza, y sólo han de ser abandonadas en la lejana puerta de la vida eterna cuando estos salvadores y pastores hayan conducido a todos sus rebaños hasta ella y la hayan atravesado poniéndolos a salvo. Pero es justo y necesario que el discípulo sepa que existe en el futuro un ahora en que todas las lágrimas serán enjugadas para nunca

jamás volver a derramarse; cuando toda fuente de sufrimiento toque a su fin, toda la naturaleza esclavizada del hombre se habrá liberado y escapado para siempre de los dolores del deseo. Ya no quedará entonces naturaleza humana, y en la condición en que nacerá, lo que nosotros conocemos ahora como sufrimiento será inconcebible. Nadie podrá traspasar esa puerta hasta que todos puedan traspasarla; pues el alma purificada y perfeccionada que esté lista para penetrar y entrar en la nueva vida es incapaz de hacerlo debido al lazo de compasión existente entre ella y todas las demás que le son más queridas que ella misma; debido a los profundos deseos de compasión y al derramamiento de lágrimas que son señal de humanidad y una de sus principales glorias. El ser etéreo que hay dentro del cuerpo físico del hombre derrama muchas lágrimas de una naturaleza demasiado sutil y delicada para ser derramadas por los ojos físicos; y el espíritu llora cuando se sitúa sobre el umbral de la materia y es arrastrado a su oscuridad por las leyes de la vida y el amor y los vínculos de afinidad y asociación. Por eso, todo el ser se ablanda y se satura con el rocío de su propia ternura.

Todos los hombres deben, pues, ablandarse y saturarse antes de estar preparados para entrar en ese estado en el que son incapaces de derramar lágrimas. Entonces los ojos del espíritu puro verán eso que, para nosotros, no tiene ni forma ni color porque es invisible, y solo puede ser percibido por la fe. La facultad de la fe es la primera cualidad esencial para el discípulo que ha oído el Grito Lejano y desea entrar en la senda que le llevará finalmente a ese estado en que será capaz de ver.

Eso que se llama audición del ser emancipado y redimido es la consciencia completa de todo cuanto es, sin dificultad para diferenciar un sonido de otro, ni la necesidad de hacerlo. El conjunto se da a conocer, en su actividad viva, a la incesante comprensión de quien es capaz de oír. Esta audición solo es posible cuando los sentidos no solo han sido sometidos sino completamente abandonados, con las vestiduras a las que pertenecen. La comprensión por medio de los sentidos debe haber cesado por completo antes de que el espíritu liberado y purificado pueda obtener la consciencia del conjunto mediante la atención.

La intensidad de la sensibilidad debe ser aumentada con cada encarnación sucesiva a fin de que el espíritu adquiera conocimiento y experiencia, y así progresar, madurar y realizar el avance requerido hacia esa

condición en que la consciencia directa es posible. Ningún sonido, ningún minúsculo grito, ningún toque de trompeta puede ser ignorado o evitado con impunidad; porque aquello de lo que el espíritu prefiera permanecer ignorante habrá de aprenderlo después y las lecciones serán más severas. Toda enseñanza y experiencia aumenta en severidad con el progreso del alma y el progreso de la raza, como vemos éstas tienen lugar con el tiempo; sólo así puede permitirse que la raza entre en el estado eterno y ser inducida a traspasar el umbral de nacer en un ser completo.

El Grito Lejano del Maestro al discípulo trasmite una orden incluso mayor con respecto a la facultad de hablar que con respecto a la de ver o de oír. El habla es el poder creativo, y la palabra hablada sólo puede ser emitida por el ser perfeccionado que ha adquirido los atributos del poder divino. Por medio de la palabra hablada se hicieron los cielos y la tierra, para el desarrollo y la educación del alma del hombre, y por medio de la palabra hablada todavía se crearán innumerables cielos y tierras, para las razas que necesitan de la experiencia de morar en ellas.

El discípulo que ha conquistado el yo, y entregado su ser a la totalidad, ha adquirido en su interior el germen de cada uno de los poderes necesarios del ser purificado y perfeccionado. Posee esa confianza que sale de rendir el deseo personal y la consciencia de la totalidad; posee esa audición que le transfiere el sonido de muchas voces de sufrimiento o de alegría; posee esa visión que le muestra las vidas de otros hombres, las aflicciones y esperanzas de otros hombres, y le capacita para penetrar en él con razón de aquellos con quienes se asocia; ha obtenido tal conocimiento de los hombres que su presencia entre ellos desarrolla y atrae él la fuerza creativa y desarrolla el poder del amor. El discípulo que ha llegado a este punto, que ha contemplado la maravilla de su propia alma viva, es capaz de leer el futuro del hombre. El conoce el significado del “Grito Lejano” que ha oído, la voz que ha llegado hasta él en el silencio, de los pioneros de la raza que permanecen en la puerta de la vida eterna y le llaman. El puede entrar en la Sala de Aprendizaje y ver allí escritas palabras que contienen dentro de ellas el destino y el futuro de la raza. Las lecciones que el hombre ha de aprender están allí expuestas, y son esas lecciones las que dan forma al futuro. Es sólo la lentitud del hombre individual para entrar en la vida de la totalidad y someter sus deseos personales, lo que dificulta el progreso de toda la raza. Los pasos están claramente marcados ante todos y cada uno de los hombres, y han de darse a

su debido tiempo. Los pioneros que han trepado a lo más alto deben esperar a los rezagados e incluso descender para ayudarlos a subir; pues el espíritu de la humanidad es un todo indivisible.

Fe, esperanza, y amor son las tres primeras cualidades esenciales para todos los que avancen hacia la luz. La fe, que es la plena convicción en aquello que, aunque conocido, no puede ser expresado; esa confianza completa en la evolución del conjunto que permite al discípulo permanecer sereno entre todos los conflictos y luchar resueltamente contra la más cruel de las suertes; y ese amor que lo abraza todo y lo perdona todo.

Lo invisible, para cuyo reconocimiento es esencial la fe, nos rodea y nos presiona por todas partes, y el hombre aunque no lo reconoce vive dentro de una jaula formada por su propia personalidad. Existe continuidad etérea y espiritual, un vínculo de todas las partes, que atraviesa el ser físico del hombre del mismo modo que la luz atraviesa una sustancia transparente. Pasa a través de ella y no es detenida por ella. El pensamiento atraviesa las mentes de los hombres, la emoción atraviesa los corazones de los hombres, de tal manera que casi se hace visible en su acción. La fe apenas es necesaria para aprehender que el pensamiento y el sentimiento atraviesan a los hombres en oleadas; sucesos de interés considerable y universal han dejado esto claro. Pero no sólo se reconoce en la relación a los sucesos de importancia inusual, tales como descubrimientos simultáneos y resucitaciones religiosas, estallidos de rebelión o demostraciones bélicas. Lo que es evidente en estos tiempos de exaltación es verdad en todos los tiempos. Gran parte de lo que se supone debido a lo que llamamos instinto, y a ser innato, se debe a las corrientes de pensamiento y sentimiento que incesantemente atraviesa a la raza humana. El poder del pensamiento es conocido en el siglo actual y se comprende hasta cierto punto; pero incluso quienes lo usan de manera consciente sufren con frecuencia la equivocación de que los pensamientos, mediante los cuales influyen a los demás, se originan en sus propias mentes. Esto es una imposibilidad, pues el pensamiento es una corriente que circula, puesta en movimiento en el umbral del mundo material, e inspirada por fuerzas que se encuentran más allá de esta condición limitada y fuera de ella. Lo mismo que las ondas de luz pasan a través de todas las cosas, y cada cosa recibe y refleja tales rayos pues es capaz de recibir y reflejar, así ocurre con las ondas del pensamiento. Ellas pasan a través de las almas de todos los hombres, y cada alma aprehende lo que es capaz de aprehender, y lo entrega al mundo. Son la

corriente de inspiración de la vida del hombre, y en él se convierten en lo que llamamos bueno o malo, en consonancia con su propia capacidad. El discípulo que tiene fe abre su alma a la plenitud de la corriente y su alma se vuelve blanca como las blancas flores que reflejan todos los rayos de luz, en vez de hacer una selección de ellos. El sabe que cuando toda la corriente es aprehendida, recibida y reflejada, cuando pasa, no hay bien ni mal. Sabe que en esta corriente existe lo que es hermandad. Los hombres no tienen que aspirar a la unidad de pensamiento, ni poner en movimiento las fuerzas del pensamiento. Tienen que ser capaces de aprehender toda la corriente de pensamiento que arrastra sin cesar a toda la mente colectiva de la raza, y quienes son capaces de ello, han alcanzado esa condición que les sitúa inalienablemente entre la Hermandad Blanca. Entonces conocen el poder de la Hermandad, y cada uno se apoya en el otro igualmente, sin necesidad de hablar o contactar. La barra de hierro de la separación queda vencida para ellos y la puerta dorada queda entreabierta. El discípulo que ha vencido esta barra de hierro sabe que el criminal y el malhechor yerran a causa de la limitación y a causa de la incapacidad para aprehender. Sabe que no hay castigo para el pecado salvo el perdón, porque el amor que dio la gran oportunidad contenida en el peregrinaje por la materia, desea sólo que todos los hombres crezcan y se desarrollen tanto que puedan finalizar este peregrinaje, y ayudar así a liberar y redimir a la raza y liberarla para siempre de los estados materiales. Las emociones del corazón parecen, al hombre que habita dentro de su personalidad aislada, ser de su propiedad, nacidas dentro de él mismo. Son suyas y no son suyas, en el mismo sentido que el aire que respira, y los vientos que remueven el aire, son y no son posesión de su cuerpo físico. Ellos pasan a través de él y él los comparte con todos los demás que encuentran en su radio de acción. Estudiando su propio corazón el discípulo obtiene la iluminación y percibe correctamente los corazones de otros hombres, porque su escolaridad le hace conocedor de la corriente emotiva que pasa a través de él y de ellos, y le permite comprender que es necesario haber experimentado todos los sentimientos, haber respondido a cada oleada de emociones posibles al hombre, antes de que le sea concedido entrar en el estado en que la sensibilidad pueda dejarse a un lado. El criminal y el malhechor están equivocados por ser sólo capaces de sentir en una porción de su ser; la sensibilidad está despierta sólo en la parte más baja y más posesiva de la naturaleza, y todas las partes divinas son indolentes y carecen de sensaciones. Así, no están simplemente separados de la hermandad del amor, sino separados de la raza a la que físicamente pertenecen. Pero la sensibilidad

Mabel Collins - Un Grito Lejano

aumenta, siguiendo las leyes del crecimiento bajo las cuales el hombre existe; y en el curso de las encarnaciones, la totalidad del corazón se vuelve capaz de responder a toda la corriente de la emoción humana, y esa parte de ella que hizo pecar al pecador cae en su lugar como parte de un todo que en su perfección hace al hombre divino. Y solo cuando esto se ha llevado a cabo completamente, puede dejarse a un lado la sensibilidad y situar el alma en la sangre de su corazón humano, hecha para circular mediante el impulso de su propia espada. Ya que cada espíritu purificado, cuando la totalidad de la raza esté liberada y redimida, destruirá dentro de él mismo ese germen que le ha hecho ser consciente del placer, y Dios enjugará entonces todas sus lágrimas, y será incapaz de derramar más. Después, será capaz de ver y capaz de permanecer. Después, el “Grito Lejano” habrá sido oído y respondido.

CAPÍTULO II

LA AMBICIÓN que arroja las almas de los hombres a los abismos no es la simple forma del deseo de alcanzar el éxito, nombre que recibe en la vida ordinaria. Hasta que no se alcanza la vejez es un estímulo necesario, sin el cual una apatía, mortal se cerniría sobre la raza. Por esta razón, se le dice al discípulo que trabaje como quienes son ambiciosos, pues necesita estar al lado de los obreros y de los luchadores, mientras se encuentre en la actividad del mundo. Debe luchar dentro de sus rangos si ha de permanecer entre ellos. Y mientras sea aún humano, es esencial que comparta el deseo por el éxito que el estimulante natural del esfuerzo. Las recompensas que los hombres ordinarios aceptan como prueba del éxito no tienen valor alguno para él; el hombre corriente las busca porque desea posesiones para sí y está dispuesto a lograrlas de los demás mediante su trabajo. El discípulo no corre peligro de desear tales recompensas, y si el telar del destino las teje en su carrera, las tasa en su verdadero valor como cargas y responsabilidades temporales. La emulación en el esfuerzo debe ser suya tanto como lo es de cualquier otro hombre; se espera de él un esfuerzo que sobrepase el que es posible para otros hombres siempre que sea preciso para el progreso de la raza. El trabaja mejor que el hombre ordinario que es ambicioso, igual que el caballo voluntarioso trabaja mejor que el que necesita de la espuela.

No es en los planos de las actividades mentales o físicas donde el discípulo tiene que acabar con la ambición. El gran peligro para él, a través de su peregrinación, es que una semilla de orgullo espiritual germine dentro de él y ahogue su naturaleza superior antes de que sea consciente de su crecimiento. Pues crece como la mala hierba en buena tierra. Algún incidente inesperado revelará el hombre a sí mismo bajo una nueva luz; en vez de ser el humilde discípulo que creía ser, se descubre lleno de orgullo por sus propias capacidades y dotes, e incapaz de pedir ayuda a las fuerzas divinas que pasan a través de él porque se ha permitido creer que tiene poder en su interior por derecho, debido a su personalidad espiritual. Entonces, la ambición puede hacer presa de él, y se esforzará por escalar las cimas del poder y asumir prerrogativas que sólo pueden ser concedidas sin riesgo por la mano de un Maestro a un discípulo probado y experimentado. La obtención del poder es

uno de los primeros fines del discípulo; es perseguido continuamente durante todo su camino de progreso, y sigue siendo su meta cuando llega al final de la peregrinación y está listo para traspasar el umbral. El poder que él se empeña en obtener no le otorga ninguna dignidad, gloria o posición personales; él no puede influir a los hombres con el propósito de procurarse fines personales. Se le priva de tal posibilidad al dar su primer paso en la senda verdadera, y nunca vuelve a ponérsele en sus manos. La ambición que nace de su orgullo espiritual, y que le asalta cuando ha recorrido gran parte del camino, no le proporciona poder personal; el ha rendido ese deseo del hombre cuando se convirtió en discípulo; y cuando la codicia vuelve con fuerza séptuple en un plano mucho más elevado del ser, el único resultado en que es arrojado al abismo, del que habrá de ser salvado mediante grandes esfuerzos por su parte y de los Salvadores del mundo. Pero el verdadero poder, el poder de la hermandad del amor, nacido del espíritu progenitor de lo Divino en el hombre; ha de desearse con el máximo ardor desde el primer momento de la escolaridad, y ese deseo nunca debe cesar. Este deseo es lo que hace al discípulo enseguida un aliado en la gran tarea de redimir a la raza. Su esfera de acción aumenta, substancialmente con su crecimiento, hasta que el hombre que, por la pureza de su deseo de ayudar a un solo amigo, ha sido capacitado para hacerlo se le atribuye el liderazgo de toda una nación de seres o toda una escuela de pensamiento. El principio del desarrollo en esta peregrinación en que estamos inmersos incluye las asociaciones de los hombres. La primera forma es la vida familiar, que es un estado natural del hombre natural. De éste nacen innumerables órdenes, más o menos egoístas o desinteresadas según el carácter de los hombres que pertenecen a ellas. Una de las tareas del discípulo es dirigir y guiar las asociaciones de los hombres por los caminos del esfuerzo para el bien de la raza. El es llevado a tomar parte en los movimientos iniciados por los maestros y guías, y su empresa consiste en utilizar el poder de la hermandad a la que pertenece para la purificación de los motivos y los actos de las asociaciones del hombre en los que él toma parte. Los infinitos recursos del poder que lleva tras él, a los que recurre sin cesar mientras su alma está situada en su verdadero curso, pronto se hacen aparentes y se da un importante impulso al movimiento con el que él se ha asociado. Pero esto no altera su condición de obscuridad personal; probablemente la aumentará. Si es arrancado de esa obscuridad y la atención atraída hacia su personalidad, el efecto será el de ser amado por unos pocos y odiado por muchos. Este odio nace de la oposición a la hermandad del amor y a los esfuerzos de los Salvadores del mundo, que es parte inherente de la naturaleza del animal y del

hombre personal. Es, por tanto, mucho mejor para el trabajo en el que está tomando parte que el hombre mismo permanezca en la mayor obscuridad posible. La calidad de la escolaridad despierta las malas pasiones de los demás hombres y el trabajo recibe una ayuda más eficaz si esta calidad se mantiene en suspenso en el plano físico, y su poder ejercitado en su totalidad sólo sobre las naturalezas mentales y etéreas de los hombres por los que un discípulo está rodeado en el mundo. La naturaleza animal del hombre luchará con más fiereza ahora por el dominio que en el pasado, ya que el avance y el progreso del conjunto hace más inseguro su poder. Es, por consiguiente, más necesario que en tiempos pasados que la presencia de los discípulos entre las asociaciones de los hombres se sienta sólo en la inspiración general de esas asociaciones, no en el liderazgo de los discípulos mismos. Esto desarma y desconcierta a la parte animal de los hombres que se ven impelidos a actos inusuales y, guiados por motivos más elevados de lo que es habitual, entran en su consciencia. La tarea impuesta al discípulo en la guía del movimiento en el que está tomando parte es mucho más severa que si le fuese permitido liderarlo mediante la influencia personal y guía externa, pues tiene que afectar las naturalezas de los hombres entre quienes está trabajando, al igual que sus actos. El hombre corriente, el que aún no ha entrado en el camino o ni siquiera tiene conocimiento del mismo, debe experimentar un cambio en sí mismo después de estar asociado con un discípulo en cualquier labor pública o esfuerzo mutuo. El no es consciente de ello en el momento, porque la acción del poder invisible es sutil; pero, cuando acecha una mirada retrospectiva a su vida, percibirá un tiempo en que sus motivos se volvieron elevados, y reconocerá que ello fue debido a cierta asociación; aunque tal vez, ni siquiera entonces, imagine cuál de los hombres con quienes trabajó fue el medio de las influencias divinas.

Cuando el discípulo empieza primeramente a descubrir que posee este poder de afectar a los hombres entre quienes trabaja, sin el empleo del diálogo físico, la ambición espiritual (el más poderoso y mortal enemigo) le asalta por primera vez. El hombre corriente, quien aún no ha puesto los pies en el camino, no puede ni siquiera imaginar la fuerza de esta tentación. Es tan fuerte que intoxica el alma; es tan insidiosa que engaña a la mente. Desconcertado por las posibilidades de su propio ser, el discípulo queda sorprendido y perplejo. El ha deseado el poder para el bien, y ha venido hasta él; ha pedido ser como los dioses, y una de sus cualidades es suya. Le parece que ahora, definitivamente, puede actuar como un dios, y dirigir los destinos de los

hombres. Olvida que este poder que le ha venido es sólo una de las cualidades de los dioses; que éstos, en su largo desarrollo por medio del sufrimiento y el dolor, así como la alegría y la gloria, han hecho suyos y un completo anillo de poderes y de dotes, cada uno de ellos templando a los demás, y mezclándose con ellos. Las cuatro reglas que aparecen en las frases preliminares de la Luz del Camino indican cuatro cualidades que deben ser alcanzadas por el espíritu purificado antes de poder ser emancipado, y éstas deben ser alcanzadas igualmente. El poder de ayudar a los demás (o el poder del diálogo) es sólo una de ellas, y por si mismo expone el espíritu al mayor peligro.

CAPÍTULO III

EL DESEO de vida es lo que impide al espíritu dar el mandoble que hará, derramarse la sangre del corazón no humano. No es el estricto deseo de continuar una carrera personal, una encarnación por miedo a que no haya nada que la reemplace, deseo vehemente experimentado por ateos y materialistas cuando les sobreviene la vejez, y que trae con ella su propio castigo. La certeza de que por ningún medio puede satisfacerse este deseo, lo convierte en una tortura desde el principio. No es una pasión insignificante que crece en una mente enferma o disminuida, a la que hace referencia la frase “Aniquilar el deseo de vida”. Es la gran emoción dominante en las almas de los hombres, la que les ha convertido en seres humanos, la que les ha dado la capacidad de soportar encarnación tras encarnación de experiencias en condiciones confusas y agotadoras del tiempo y el espacio, placer y dolor. Animados por esta arrolladora emoción, las almas de los hombres abarrotan el umbral del mundo material, buscando con avidez lugares de encarnación y cuerpos en que encarnarse y entrar en lo que el hombre llama vida, es decir, la vida humana. Los ángeles que han perfeccionado el ser y viven en equilibrio, libres de las vicisitudes de las sensaciones físicas y mentales, contemplan con asombro y admiración las almas que forcejean por entrar en esta terrible experiencia de la vida humana, cegados por la pasión que les posee. Ese asombro y admiración se siente con respecto al poder divino que es capaz de impartir una emoción de una naturaleza tan extraordinaria que puede impeler a toda una raza de seres a entrar en una senda amarga y terrible llena de peligros y vicisitudes. El anhelo de la vida física llega a las almas en una oleada tan aplastante que todas las demás esperanzas y propósitos se pierden de vista, y en grandes multitudes acuden al universo material y se agolpan sobre él por todas partes, impacientes por entrar, dispuestas a utilizar cualquier medio para conseguirlo antes que soportar la espera.

Esta oleada de emoción empezó a surtir efecto tan pronto como el universo material fue creado a fin de que los estudiantes entrasen gustosamente en la escuela; y ha persistido desde entonces hasta ahora, y persistirá hasta que la raza se aproxime a su emancipación. Eso es lo que hace retroceder a las almas una y otra vez al umbral de la vida material, cuando una

y otra vez han descubierto que el dolor continúa y el placer perece. A pesar de lo bien que hayan aprendido esta lección, aún anhelan con un abrumador deseo la experiencia. Sólo los discípulos que están muy avanzados en el camino son capaces de considerar esta emoción como algo que era de ellos, como un hombre considera el mar cuando nada en él. Saben que es esta hambre de vida física la que les lleva al mundo en que el camino de peregrinación ha sido trazado; saben que este camino debe ser hollado, y se someten a ser alzados una y otra vez, entregándose al deseo de experiencia sensorial, sabiendo que con el tiempo quedarán libres de él. Y mientras ellos se entregan así y trabajan con ardor en todos los campos del esfuerzo abiertos a los hombres, buscan en su propia naturaleza superior destruir el elemento personal que hace al hombre esclavo del deseo de vida. Como todas las demás pasiones, debe estar sujeta al yo superior, y ser firme, si bien lentamente, eliminada de la naturaleza. El discípulo que ha oído el Grito Lejano, será capaz algún día de aniquilar todo deseo de experiencia física y, sin anhelo personal de ninguna clase, entrará en la vida física, o actuará sobre ella desde el plano etéreo, un espíritu libre. Estos espíritus libres, no influidos por el egoísmo, que entran en la vida material únicamente para ayudar a los demás, arrastrados aquí por lazos de amor, piedad y compasión, son la gloria y esplendor de la raza humana, y son una fuente de la que se obtiene la fuerza. Son los vínculos entre las masas de hombres y Maestros que emiten el Grito Lejano, destinado a sacar de la oscuridad a todas las almas. Es sólo el discípulo el que oye el Grito Lejano; pero se le dan los medios con los que transmitirlo como un mensaje adaptado a la comprensión de aquellos con quienes entra en contacto. Este es su deber, ahora más que antes. El conjunto de la raza tiene más capacidad de atención de la que ha tenido en el pasado; lo perciben aquellos que lo juzgan desde el mundo etéreo. Es un paso adelante; y en cada paso hay que avanzar lo máximo posible, ya que el Tiempo va en disminución. Con la expiración del Tiempo, se habrá esfumado la oportunidad dada en este peregrinaje especial. Ha de conseguirse que todos los miembros de la raza atraviesen al fin la puerta; y todos esperaran en el Portal al último rezagado, quien será arrastrado hacia arriba por innumerables manos amorosas que le serán atendidas. Pero la manera en que sea utilizada esta oportunidad por el hombre como conjunto, afecta al status del espíritu de la raza en el gran futuro. Es un misterio, demasiado extenso para la comprensión del discípulo; pero los Maestros y pioneros lo conocen, y por tanto el Grito Lejano camina incesantemente hacia aquellos que tienen oídos para oír. Trabaja y lucha, y vive y ama con más intensidad y persistencia que otros hombres; pero, en tu

naturaleza superior, aniquila esos gérmenes de deseo espiritual que hacen ansiar a las almas de los hombres la actividad y preeminencia en los estrechos límites del tiempo y del espacio, bajo el dominio del placer y del dolor. Ese colosal esfuerzo es más posible de lo que parece a primera vista, ya que las fuerzas, visibles e invisibles, que rodean al hombre y le retienen en su sitio, van todas dirigidas en su ayuda. Son sus aliados, entregados a él por la misma fuerza benefactora que le concede la oportunidad. En cualquier dirección que el hombre sea llevado por su naturaleza, encuentra estas fuerzas dispuestas a prestarle ayuda. Si tiene tendencia al mal, será ayudado por los propios elementos, que inmediatamente se adaptan a su plan y a su conspiración. El necesita que esto sea así. Solo, sin tales asistentes, él no podría hacer bien ni mal en este confuso estado de la vida humana. Tan pronto como pone los pies en la senda que conduce a la libertad, estas mismas fuerzas, que le han ayudado a adquirir la experiencia del malhechor, o del indiferente morador de la pereza, o del que sólo busca puro placer, se reúnen en torno a él con renovada y redoblada fuerza para auxiliarle y facilitarle el camino. Como hombre debe permanecer solo y prestar ayuda; como espíritu está ligado a toda la hermandad del amor y sostenido por la fuerza impulsora de la vida espiritual del universo. El universo existe sólo para quién obtenga la libertad; y la parte física y material del mundo en que él habita está comprometido con su Creador a ayudarle a alcanzar ese fin. Por esa razón fue creado en estructura material. Nosotros percibimos que el hombre está rodeado por innumerables criaturas y substancias, todas las cuales tienen su lugar designado en el universo y persiguen su camino designado, a todas luces bastante independiente del hombre. La conexión entre el universo material total es sutil, no perceptible por la inteligencia humana. El morador de los espacios etéreos es consciente de ello y es capaz de utilizar su conocimiento en favor del hombre encarnado. El inmenso número de seres conscientes que están unidos en el universo material y rodean al hombre, están agrupados en esta condición mediante un fuerte lazo que tiene su origen en el Aliento Divino. Escapar de este estado es muy fácil para ellos, porque su sujeción no es la sujeción de la peregrinación sino la de asociación voluntaria. No solo los seres a quienes reconocemos como conscientes, sino también los seres que se unen para mantener juntos los cuerpos en que otros seres moran, los seres que se han sometido a las leyes que gobiernan la composición de lo que llamamos átomos materiales, todos igualmente están unidos en la conservación de una vida física, que es la escuela para las almas de los hombres. El dominio sobre ellos concedido al hombre es de un carácter muy diferente al que él supone.

Comete errores continuamente con su conducta en relación a ellos, y todos estos errores han de ser corregidos antes de haber completado su lección. Extrae de sí las fuerzas que están dedicadas a servirle y a sostenerle, y, haciendo esto, aumenta la tristeza de su posición y el sentido de inseguridad.

Esa gran pasión, deseo de vida, lleva a las almas de los hombres a íntimas relaciones con los seres que forman el universo, lo que les permite satisfacerla. El hombre es ciego ante el hecho de que está en deuda con ellas por esta satisfacción. Se imagina que los elementos y las substancias existen sin esfuerzo. Esto no es así. Existe un esfuerzo continuo y benéfico realizado en su nombre, y es necesario que aprenda a reconocer éste y le corresponda con una buena conducta. El hombre perfeccionado se conduce de manera ejemplar en todas las cosas, tanto si su percepción le permite percibir las como animadas o no. Lo que él imagina como inanimado, porque la consciencia de ello está muy alejada de la suya propia, es lo más necesario para él de todo su entorno, y a medida que avanza en su desarrollo se hace consciente de ello, y reconoce su deuda. El sabe entonces que destruyendo dentro de sí el deseo de vida, está liberando a legiones de seres de una tarea emprendida por ellos en beneficio de él.

CAPÍTULO IV

CUANDO la flor ha brotado y el silencio, que es paz, ha llegado tras la tormenta, el discípulo ha entrado en ese alto grado que le hace adepto en vida, uno de los pioneros de la raza. La tormenta de la vida personal toca a su fin para él para siempre; nunca volverá a luchar por conseguir los pequeños fines a los que los hombres se entregan, nunca volverá, su espíritu a rebelarse contra su Creador por causa de privaciones o pérdidas personales. Para él hay paz. Y con esa calma llega el nuevo mandato. El discípulo no debe permanecer en la quietud de la paz que ha obtenido a tan alto precio. Debe llevar la paz con él y seguir la marcha; es la recompensa que cosecha por la rendición del yo. Ahora debe ir a sembrar las semillas del conocimiento en las almas de otros hombres. Rodeado de la paz que ha obtenido, puede regresar al campo de batalla de la vida y luchar por los grandes problemas que, hasta ahora, apenas ha sido capaz de reconocer, ciego como ha estado por su propia personalidad. Por eso luchará como ningún hombre corriente puede hacerlo y, sin embargo, apartado de la batalla. El guerrero es la parte divina de él mismo que es completamente impersonal, enteramente devota al Supremo, enteramente al servicio de toda la hermandad. La futura batalla no es una batalla para conquistar el yo; eso acabó y ha pasado, a menos que el discípulo pierda el equilibrio y caiga del lugar que ocupa. El campo de batalla en que él ahora toma su lugar no es aquel en que las almas de los hombres luchan con la parte animal que les controla, ni esa en que los espíritus de los hombres luchan con sus propias naturalezas ambiciosas. Es la arena en que el espíritu de la raza, es espíritu indivisible de la Humanidad, lucha por la conquista final que le alzarán al elevado estado para el que está destinado. Tarde o temprano, esta batalla debe ganarse; el guerrero es incapaz de aceptar la derrota. Tero es tarea de los adeptos en vida acortar la amargura del camino y apresurar el gran día de la victoria.

La canción de la vida sólo se oye cuando el adepto es capaz de comenzar este gran esfuerzo impersonal. Entonces, la belleza y armonía místicas del conjunto se hacen patentes para él, y las disonancias que le han oprimido mientras aún se hallaba en posesión de la aprehensión del hombre desaparecen. El dolor, la oscuridad y la confusión de la vida mortal nacen plenamente de la capacidad limitada y la aprehensión parcial del hombre

Mabel Collins - Un Grito Lejano

mortal; a medida que el hombre crece hacia los estados inmortales y reconoce cada vez más lo que le rodea, se vuelve capaz de percibir formas y colores hasta ahora invisibles, y de oír sonidos hasta ahora inaudibles, que trocan toda disonancia en armonía, toda oscuridad en luz, todo lo incompleto en perfección.